

casaca, ó la cabeza con su pañuelo de bolsillo. Pero no era este su único manantial de júbilo, disponia de otro, y así repetidamente decia con misterioso acento y mirando alternativamente á Wálter y á Florencia:

— ¡Edward Cuttle, muchacho, en toda tu vida no has tenido mejor idea que la de regalar tus poquitos bienes conjuntamente!

CAPÍTULO LI

MÍSTER DOMBEY Y LA SOCIEDAD

¿Qué hace este hombre altivo mientras van pasando los días? ¿Piensa alguna vez en su hija, discurre á dónde se habrá ido? ¿Cree que ha vuelto á casa, que sigue en ella su vida de costumbre? Él sólo sería capaz de decirlo. Desde la mañana fatal no ha vuelto á pronunciar el nombre de su hija. Nadie se atreve á mencionar un asunto que él está resuelto á pasar en silencio, hacer callar inmediatamente á la única persona que tiene el valor de preguntarle.

— Mi querido Pablo — murmuró su hermana entrando en el gabinete el mismo día en que se fué Florencia, — ¡tu mujer, esa advenediza! ¿Será cierto lo que confusamente he oído, es así como corresponde á tu sin igual inclinación á ella; tú, que has hecho el sacrificio, estoy segura de que ha sido un sacrificio de posponer tu propia familia á su altivez y á sus caprichos?

Después de esta peroración, bastante sentida como inspirada en el recuerdo del famoso sarao de estreno, mistress Chick hace gran uso de un pañuelo de bolsillo y desfallece cayendo en brazos de su hermano.

Pero mister Dombey la recoge con frialdad y la deja sentada en una silla, diciéndola :

— Gracias, Luisa, por estas pruebas de cariño; pero deseo que nuestra conversación recaiga en otro tema. Cuando me queje de algo, cuando manifieste deseos de que se me consuele, entonces podrás dispensarme esas atenciones, si gustas.

— Querido Pablo — dice Luisa sin quitarse el pañuelo de la cara, — yo conozco tu grandeza de ánimo; no diré nada más acerca de un asunto tan penoso y tan irritante (mistress Chick acentuó estos dos adjetivos con manifiesta indignación); pero permíteme que te pregunte, aunque con miedo de saber algo que me hiera y me apene, si la infortunada niña Florencia...

— ¡Luisa! — interrumpe severamente su hermano. — Silencio. Ni una palabra más.

Mistress Chick no puede hacer otra cosa que mover la cabeza, seguir usando del pañuelo y lamentarse de que hubiese Dombey degenerados, que no eran Dombey verdaderos. Pero se queda sin saber si Florencia ha tenido participación en la fuga de Edith, si ha marchado con ella, si ha hecho mucho, si ha hecho poco, si ha hecho algo, si no ha hecho nada; no tiene la menor idea.

Fiel á sus principios, mister Dombey se reserva sus pensamientos, sus sentimientos; no se comunica con nadie. No hace investigación alguna acerca de su hija; puede creer que se halla en casa de su hermana, ó creer que sigue bajo su mismo techo; puede pensar en ella, ó no pensar en ella jamás. Nadie lo sabe.

Mas lo seguro es esto: que no parece haberla perdido. No tiene conciencia de lo cierto. Tanto tiempo ha vivido encastillado en su soberbia, viendo á su

hija como criatura resignada á una vida inferior, que nada teme en este punto. Sacudido está por la desgracia, pero no derribado. Las raíces son grandes y profundas, y en el transcurso de los años sus fibras se han desparramado por fuera tomando su sustento de todo lo que le rodea. El árbol ha recibido un golpe, pero no está caído.

Aunque disimula ante la gente sus pensamientos íntimos — la gente, en su concepto, le está espionando todo cuanto hace, — no puede borrar las tenaces huellas de su rostro, sus ojos hundidos, su frente huraña, su aire sombrío y receloso. Impenetrable está, pero alterado; altivo como nunca, pero al mismo tiempo humillado.

La sociedad. Lo que la sociedad piensa de él; lo que dice la gente al verle; lo que de él se sabe, tales es la obsesión de su mente. Con él está la sociedad, no le deja un instante; más aún, está donde él no se halla. Sale con él al pasar por entre sus criados, pero también se queda detrás de él cuchicheando. El la ve que le señala con el dedo al cruzar por las calles; él la tropieza en su escritorio y la sorprende mirándole por encima del hombro de ricos negociantes, haciendos señas, murmurando en los corros; él la ve precediéndole por todas partes, y siempre afanada: lo conoce luego que él ha pasado. Con él entra en su habitación por la noche, pero también se queda fuera; él la oye, él escucha sus pasos por las aceras y el arroyo, visible en los impresos que están encima de la mesa, yendo y viniendo por los ferrocarriles y los barcos; desasosegada y diligente, la sociedad no piensa en nadie más que en él.

No es fantasma de su imaginación todo esto; hay personas que piensan como él; por ejemplo, Feenix

que viene de Baden-Baden expresamente para hablarle; por ejemplo, el comandante Bagstock que acompaña en esta misión amistosa á primo Feenix.

Recíbelos con su habitual dignidad mister Dombey, de pie, en su postura acostumbrada, delante de la chimenea. Imagínese que la sociedad le está mirando con los ojos de sus dos visitantes; que está allí, en las pinturas; que mister Pitt la representa desde lo alto del armario de libros; hasta le parece que el mapa colgado en la pared tiene ojos que le miran.

— Primavera excepcionalmente fría — dice mister Dombey, para desconcertar á la sociedad.

— ¡Por vida de...! Señor — dice el comandante en un impulso de amistad — José Bagstock es una mala mano, un desmañado. Si quiere usted recibir con indiferencia á sus amigos, tenerlos á distancia, J. B. no es á propósito para ello. Pepe es áspero y duro, señor : brusco, señor, brusco. Este es Pepe. Su Alteza Real el difunto duque de York me dispensó el honor de decirme — con razón ó sin ella : eso importa poco ahora — « Si hay un hombre en servicio con quien yo pueda contar para ir en derecha á un punto, ese hombre es Pepe, Pepe Bagstock ».

Mister Dombey insinúa su aquiescencia.

— Ahora, Dombey — prosigue el comandante — yo soy hombre de mundo. Nuestro amigo Feenix, si me es lícito llamarle así...

— Me honra mucho — dice primo Feenix.

— Nuestro amigo Feenix es también un hombre de mundo. De modo que estamos reunidos aquí tres hombres de mundo. Ahora bien : cuando se hallan reunidos tres hombres de mundo y estos tres hombres de mundo son amigos, como yo creo que...

Otra vez apela el comandante á primo Feenix, volviendo hacia él la vista.

— Sin duda — afirma el aludido — lo somos : muy amigos.

— Pues bien : cuando tres hombres de mundo están reunidos y son amigos, la opinión del viejo Bagstock es (acaso Pepe se equivoca, pero, en fin, así opina)... es que los pareceres sociales constituyen un tema particularmente indicado para ellos.

— No hay duda ninguna — dice Feenix — Es un hecho, cuya evidencia excusa la demostración. Estoy sumamente ansioso, comandante, de manifestar á mi amigo Dombey la grandísima sorpresa, el profundísimo sentimiento que he tenido de que mi querida y distinguida parienta, poseedora de verdaderas cualidades para labrar la felicidad de un hombre, haya sido capaz de olvidarse de todo aquello que debía — de hecho — á la sociedad, hasta el punto de conducirse de una manera verdaderamente extraordinaria. Desde que lo he sabido me encuentro en un estado de depresión lastimosísimo : anoche decía yo á Long Saxby — seis pies y diez pulgadas de alto : probablemente lo conocerá mi amigo Dombey — le decía que este suceso me ha confundido por completo y me ha puesto bilioso. Y lo cierto es que la catástrofe ha ocurrido de una manera providencial, ahora, cuando ya está muerta mi tía. Porque si hubiese acaecido en vida de tan delicada señora hubiera resultado una víctima : es una cuestión de hecho.

— De manera que, Dombey... — dijo el comandante comenzando un brioso discurso.

— Dispense usted — interpuso el primo — no he concluido aún : cuestión de unas palabras. Mi amigo Dombey ha de permitirme decirle que si algo pudiera

contribuir al aumento del infernal estado de dolor en que me hallo sumido por esta circunstancia, sería esto de ver cómo la sociedad se asombra de la conducta seguida por mi querida y distinguida parienta (si me es lícito continuar dándole este nombre) en unión de persona de quien no se puede dudar, pues es una cuestión de hecho, que tiene una posición social inferior á la del marido. Pero tengo el deber, un deber perentorio, de requerir á mi amigo Dombey que no inculpe á mi querida y distinguida parienta en tanto que su culpabilidad no se halle enteramente demostrada; porque entonces y sólo entonces, mi amigo Dombey podrá tener la seguridad de que la familia por mí representada, familia que se halla hoy extinguida ó poco menos (reflexión que no puedo menos de hacer tristemente) no pondrá obstáculo ninguno á las resoluciones que él crea conveniente adoptar, más aun las secundará en la medida de las conveniencias para la determinación de un porvenir que no puede menos de ser honorable. Confío én que mi amigo Dombey hará justicia á las intenciones de que estoy animado en este desdichadísimo asunto y... y entiendo que no tengo, en cuanto al hecho, para qué molestar por más tiempo á mi querido amigo Dombey con ningún otro género de observaciones.

Mister Dombey se inclina, no levanta la vista y sigue silencioso.

— De manera que, Dombey — dice el comandante, — ahora que nuestro amigo Feenix, con tal arranque de elocuencia que Pepe B. no recuerda haber oído nunca nada superior ¡no señor! — gritó el comandante amoratándose y cogiendo su bastón por el medio — ahora que ya ha tratado el caso en lo que concierne á la señora, presumo, Dombey, que permi-

tirá usted á mi amistad algunas palabras situándome en diferente punto de vista. ¡Señor! — añadió el comandante sofocado y tosiendo como un caballo — la sociedad tiene sus exigencias, que es necesario satisfacer.

— Ya lo sé — contesta mister Dombey.

— Por supuesto que las conoce usted — añade el comandante — ¡Pues no faltaba más! Un hombre de la capacidad de usted no puede ignorarlas.

— Así lo espero — replica mister Dombey.

— ¡Dombey! — vuelve á decir el comandante — adivine usted lo demás. Ya he hablado bastante, prematuramente tal vez, pero los Bagstock han sido siempre así. Poco han ido ganando con ello, pero lo tienen en la masa de la sangre. Un tiro es lo que hay que dar á ese hombre. Tiene usted á J. B. por padrino : lo reclama á título de amigo. Y se acabó.

— Comandante — contesta mister Dombey — se lo agradezco mucho. Ya le avisaré cuando llegue el momento oportuno. No ha llegado aún este momento y por esta razón no le he dicho nada.

— ¿Dónde está ese tunante? — pregunta Bagstock después de resoplar y de mirar á Dombey un momento.

— No lo sé.

— ¿Ninguna indicación?

— Sí.

— Dombey, me alegro mucho de oír eso — añade el comandante. — Le felicito.

— Ustedes me dispensarán — dice Dombey — si no entro ahora en más detalles. La indicación es sumamente singular y no menos singular es el modo como la he obtenido. Puede que estén equivocados mis informes, puede que resulten exactos : hasta

ahora no sé nada. Mi explicación no puede pasar de este punto.

Aunque como contestación al entusiasmo del comandante estas palabras de mister Dombey eran bastante frías, Bagstock las recibe con agrado, muy satisfecho (dice) de saber que la sociedad puede esperar una satisfacción á que tiene derecho. Primo Feenix es recompensado con una expresión de agradecimiento por parte del marido de su distinguida parienta y primo Feenix y el comandante Bagstock se retiran dejando al marido nuevamente á solas, para que reflexione lo que la sociedad dice de él, lo que de sus asuntos piensa, lo que como justo y razonable de él espera.

Pero en el cuarto de mistress Pipchin, el ama de gobierno, hay alguien que está hablando con ella en voz baja, y solloza, y levanta las manos al cielo. ¿Quién es? Una señora cuyo semblante no se distingue bien bajo un sombrero negro que no parece hecho para ella. Es miss Tox, que se ha vestido con la ropa de su criada y que con tal disfraz ha llegado disimuladamente de la Plaza de la Princesa para reanudar conocimiento con mistress Pipchin é informarse del estado en que se encuentra mister Dombey.

— ¿Cómo soporta la desgracia? — pregunta miss Tox.

— Bien — contesta mistress Pipchin con su aspe-
reza acostumbrada. — Tan bueno como siempre.

— En apariencia — sugiere miss Tox. — Pero por dentro es otra cosa.

Mistress Pipchin gira su ojo ceniciento para clavar una mirada en su interlocutora y en tres marcados tiempos dice:

— ¡Ah! Quizás. Supongo.

— Si he de confesar á usted lo que pienso, Lucrecia — prosigue mistress Pipchin usando de esta familiaridad al nombrarla, en recuerdo de su primer experimento para hacer callar á los niños practicado en esta señora cuando no era más que una criatura de tiernos años — si he de confesar á usted lo que pienso, Lucrecia, me parece que se nos ha quitado un estorbo. Y por mí, maldita la falta que me hacen caras ternes.

— Eso es : tiene usted razón : terne, jactanciosa, está bien dicho, mistress Pipchin — observa miss Tox, añadiendo, verdaderamente emocionada : — ¡Abandonarle á él, á un hombre tan noble!

— Yo no sé si es noble ó si no lo es — dice mistress Pipchin rascándose la nariz con impaciencia. — Lo que sé es que cuando á uno le pasa una desgracia tiene que aguantársela. Y callar es bueno. Bastante he pasado yo en mis tiempos. ¡Digo! ¡No se hace poco ruido! ¿Que se ha marchado? Pues que se vaya. Me parece que nadie tiene empeño en que vuelva.

Con la alusión á las minas peruanas se levanta miss Tox para irse. Mistress Pipchin llama al criado Towlinson para que acompañe á miss Tox hasta la puerta. Towlinson que no ha visto á miss Tox desde hace mil años, se sonríe y la pregunta si está bien, excusándose si no la conoció al entrar, por causa del sombrero.

— Muy bien, Towlinson, muchas gracias — dice miss Tox. — Tenga usted la amabilidad, si alguna vez me ve usted por aquí, de no fijarse : mis visitas son exclusivamente para mistress Pipchin.

— Está bien, señorita — dice Towlinson.

— Cosas escandalosas ocurren, Towlinson — dice miss Tox.

— Mucho, señorita — contesta el criado.

— Y espero, Towlinson — añade la señorita Tox que desde que da lecciones á la familia Tovodle ha adquirido un tono admonitorio y una costumbre de aprovechar las ocasiones de enseñanza — espero que lo sucedido en esta casa le servirá de ejemplo á usted, Towlinson.

— Sí, señorita, muchas gracias — responde el criado.

Y se queda pensando de qué manera podría aprovechar para su gobierno lo sucedido en casa de su amo. Pero no le da tiempo mistress Pipchin, pues con una gran voz le saca de su meditación diciéndole:

— ¿Qué hace usted ahí parado? ¿Por qué no acompaña usted á esta señora hasta la puerta?

Entonces Towlinson la acompaña. Y al pasar cerca de la habitación de mister Dombey encógese miss Tox en lo más hondo del sombrero y anda de puntillas. Y no hay átomo alguno, de cuantos circundan á mister Dombey y tengan sentimiento de pena y de solicitud por él, que pueda compararse con los que miss Tox acaricia debajo del sombrero negro llevándoselos á su casa, por las calles, protegidos contra la luz de los faroles.

Pero miss Tox no forma parte de la sociedad que preocupa á mister Dombey. Todas las tardes, al anoecer, va de visita á mistress Pipchin; si el tiempo está lluvioso, lleva chancos y no se olvida del paraguas. Pasa por las risas de Towlinson, por los desaires y los malos tratos de mistress Pipchin, por todo lo que quieran con tal de saber cómo está, como sigue aquel infortunando, pues para ella no hay en el mundo nada más que mister Dombey. Para hostigar y fastidiar á mister Dombey no hace falta

miss Tox : la sociedad no necesita de semejante estrella sin luz, que da vueltas por su órbita en un rincón de aquel sistema planetario. Ya lo sabe ella bien; pero llega, se lamenta y después se marcha satisfecha. Verdaderamente, miss Tox es mucho más fácil de contentar que todos cuantos incomodan á mister Dombey.

En el escritorio todos los empleados discurren acerca del desastre : pero lo que les preocupa sobre todo es el saber quién sustituirá á mister Cárker. Todos están de acuerdo en creer que se rebajará el sueldo y que el empleo será menos bueno á causa de restricciones y reformas que tienen por seguras. Los que no pueden considerarse candidatos á la plaza vacante dicen que no envidian á quien obtenga el puesto y que prefieren no ser ellos los elegidos. Nunca hubo tanto movimiento en aquella casa, desde el día en que murió el niño Pablo. Pero allí todo pasa entre amigos, amablemente, hasta pudiera decirse alegremente, como conviene á buenos camaradas. Restablécese la buena armonía, que estaba interrumpida, entre el ingenioso — siempre hay un decidor ingenioso en los escritorios — y su rival supernumerario que hacía meses guerreaban á muerte : en honor de esta reconciliación alguien propone una comida. Y en efecto, todos van á comer, reunidos, á un fonducho inmediato. El ingenioso se coloca á la cabecera y el supernumerario tiene la vicepresidencia. Concluida la comida llega el momento de los discursos. Y el presidente los inicia diciendo « Señores : no puede menos de reconocerse que no es este el momento oportuno para entregarse á disensiones íntimas. Recientes acontecimientos sobre los cuales no creo necesario insistir, pero que han sido objeto de comen-

tarios en la prensa dominical y hasta en un diario cuyo título me parece inútil mencionar (aquí todos los concurrentes pronunciaron el nombre del diario con murmullo de aprobación), me han inducido á meditar que sostener en estos momentos cualquiera divergencia personal con Robinsón sería en mí una grave falta contra los bondadosos sentimientos, inspirados en el interés general, que dominan, así me atrevo á creerlo, entre los señores empleados de la casa Dombey. »

Robinsón contestó de una manera caballeresca y fraternal. Otro señor que llevaba en el escritorio tres años bajo el ininterrumpido temor de que lo declarasen cesante por causa de sus equivocaciones aritméticas, se manifestó con inesperado brillo al pronunciar un brindis en que con voz sentida dijo :

— ¡Plegue al cielo que nunca, jamás, nuestro respetado jefe vuelva á experimentar una desolación semejante! » Y luego manifestó otros buenos deseos, empezando siempre por « Plegue al cielo que nunca jamás... » con lo que arrancó grandes salvas de aplausos.

En fin, aquella fué una tarde encantadora, turbada únicamente por una empeñada discusión entre dos empleados jóvenes, que disputaron acerca de si mister Carker había ganado más ó menos por su participación en los beneficios durante los últimos años : se tiraron las botellas á la cabeza y sus amigos tuvieron que echarlos á la calle en un estado de agitación enorme. Al siguiente día se hizo gran consumo de agua de seltz en la oficina y no pocos juzgaron la cuenta del banquete muy exagerada.

En cuanto á Perch, el mandadero, está en camino de estropearse para toda su vida. No sale de las ta-

bernas y tiendas de bebidas, tomando copas hasta que se cae de borracho. A su parecer no hay nadie que no esté consternado por causa de los últimos acontecimientos. A todos dice « ¡Oh señor! » ó « señora » según los casos. « ¿Cómo está usted tan pálido? » Al oír esto el interpelado se estremece de pies á cabeza y se marcha corriendo. Sea porque tenga conciencia de las enormidades sucedidas, sea porque experimente los efectos del vino, es el caso que Perch se halla en gran decaimiento de espíritu á la hora de la tarde en que generalmente busca en el domicilio conyugal alivio de sus penas. Su pobre mujer tiene grandes temores de que su marido esté celoso y dudando de su fidelidad la crea capaz, contra toda justicia, de abandonarle escapándose con algún vizconde.

Los criados de mister Dombey también están anquilados sintiéndose incapaces de atender á sus obligaciones. Todas las noches, á la hora de comer, hablan del asunto; es la conversación de sobremesa, cuando beben y fuman. Towlinson se encuentra siempre alegre á cosa de las diez y media y suele rogar á los presentes que digan si no es cierto que ya lo tenía él previsto : que nada bueno podía resultar de vivir en casa de esquina. Cuchichean á propósito de Florencia y se preguntan dónde estará. Piensan, por unanimidad, que mister Dombey no lo sabe tampoco, pero que mistress Dombey sí lo sabe. Esto les lleva á hablar de la señora y entonces la cocinera dice que mistress Dombey tenía arrogante presencia, pero que era demasiado alta. Todos están conformes en que efectivamente era demasiado alta. La segunda doncella, la virtuosa ninfa de Towlinson, observa que después de lo sucedido no hay que hablar más de las

personas que andan con la cabeza erguida, como si la tierra no merece sus miradas.

Todo cuando se dice y se hace en este día, es en coro. Excepto para mister Dombey : mister Dombey está de una parte y la sociedad entera de otra.

CAPÍTULO LII

INFORMES SECRETOS

La buena mistress Brown y su hija Alicia estaban juntas y silenciosas en su casa. Era el anochecer de una de las últimas tardes primaverales. Días habían pasado ya desde que mister Dombey habló con el comandante Bagstock de la indicación singular no menos singularmente obtenida; pero la sociedad aún no había obtenido la satisfacción que deseaba.

Largo tiempo hacía que la madre y la hija estaban sentadas sin cruzar una sola palabra y sin moverse. La cara de la vieja expresaba la ansiedad y la espera : la cara de la hija también indicaba expectación, pero en menor grado, aunque algunas veces se enfoscaba, como si se cansara de esperar y la contrariase. Sin hacer caso de estos cambios de expresión, la vieja murmuraba, mascullaba y misteriosamente escuchaba.

La habitación de estas mujeres aunque misera no estaba ya como la conocimos, cuando mistress Brown se encontraba sola. Era evidente que había un poco más de cuidado y limpieza : seguía siendo un rincón gitanesco, pero se notaba la intervención de la joven. Las sombras de la noche fueron enseñoreándose del